

¿República sin honestidad administrativa?

Por Andrés HENESTROSA

Mientras más tiempo pasa se agiganta la obra y la personalidad de los mexi canos que concibieron la Constitución de 1857 y cimentaron la ideología liberal, esparciendo su influencia al través de la América Hispana. Hay que conjugar esta empresa del pensamiento y del Derecho con las circunstancias que prevalecían en aquella época, para apreciar en toda su magnitud el empeño, la audacia y el espíritu de progreso que movilizaron a aquel equipo humano de primer orden. Semejante obra únicamente puede haberse cumplido por hombres dispuestos a realizar sus convicciones y a morir por ellas --como en realidad ocurrió en más de un caso.

Del mayor relieve es también la huella que dejaron como pensadores, como es critores, como ideólogos. Muchos de ellos poseían conocimientos enciclopédi cos, culturas acumuladas al través del estudio y la meditación.

Pero no menor es el legado de categoría moral y espiritual que dejaron las generaciones sucesivas, Sólo la ignorancia, la mala fe, la deformación política o el prurito de defender pequeños intereses que por fortuna cuentan poco a lo largo de la historia, pueden r e g a t e a r l o o negar su ejem plo y la naturaleza de sus obras y de sus vidas.

Los enemigos de aquellos patricios les llamaban despectivamente "puros", "inmaculados" y (¡oh, anticipación de los tiempos!) "rojos" y "vendidos al oro extranjero". Tal parece que esta fuera la gramática con que se pagan las ideas de progreso, la generosidad de las miras y la lucha por la soli daridad y la justicia.

Mas en Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Ponciano Arriaga, Luis de la Rosa o Ignacio Manuel Altamirano, la honestidad fue un escudo, una meta en la conducta política y privada, y un rigor íntimamente vincula do a la idea de que sólo con insobornable apostolado pueden implantarse las

instituciones capaces de elevar la dignidad de los pueblos.

La honestidad de esa generación e s t á acreditada con los hechos recogidos por los historiadores y con las leyendas difundidas por el consejo popular. De todos ellos puede decirse lo que Ignacio Ramírez dijo de sí mismo: "como nació y vivió, murió desnudo". Pobres fueron de solemnidad. Pobres, pobres, probos. Después de haber sido ministro, Ramírez no tuvo dinero para comprar un caballo y siguió a pie al gobierno republicano, cuando éste abandonó la capital en horas amargas.

Tras muchos años de desempeñar los más elevados cargos, don Benito Juárez dejó una pequeña fortuna personal, formada con la acumulacion de sus sueldos que por descalabros fiscales, no se le pagaron durante mucho tiempo. La casa de Prieto se levanto por suscripción popular. Y había sido ministro.- Otros llevaban la casa encima, como las torutgas. A no pocas de las mayores figuras de la Reforma tuvo que pagarles el entierro el Estado porque murieron en la miseria, desnudos como habían nacido y vivido.

Bien lo supieron aquellos hombres que no hay sistema democrático, republicano, liberal, sin honestidad administrativa; que no hay adhesión popular verdadera sin el manejo escrupuloso de la pobreza, que no de la riqueza, del pueblo. Abunda en su ideario la condenación y el anatema al peculado. Un republicano de corazón se conforma con vivir en una honrosa medianía, que lo aleja de la tentación de meter mano en las arcas públicas, para improvisar una de esas vergonzosas fortunas, que la sociedad reprueba y que la sociedad siempre maldice. Así poco más o menos, lo dijo Juárez. Bien saben los repúblicos que el peculado, el robo, el hurto de los caudales públicos, corresponde a las tiranías, a las satrapías, a los cacicazgos, a los califatos. Y los condenan.

Si alguna vez hay que volver los ojos al pasado es para recoger con reverencia el legado de nuestros mejores hombres. Y aquellos que concibieron, plasmaron y defendieron las ideas liberales, lo fueron sin duda, para confianza

en nuestro destino y para esperanza de nuestro pueblo.